



Amnesia

Federico Axat



DESTINO

Amnesia

Federico
Axat

Ediciones Destino

© Federico Axat, 2018

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2018)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5430-6

Depósito legal: B. 18.853-2018

Impreso por Black Print

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el

91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Encontré a la chica muerta de un disparo en el salón de mi casa.

Desperté envuelto en una bruma de confusión, como solía sucederme cada vez que me emborrachaba y caía rendido en otro sitio que no fuera mi propia cama. Mi primer contacto con la realidad fue el chirrido distante del columpio en el porche delantero; el segundo, un golpe a la lámpara de pie cuando estiré los brazos para desperezarme, todavía sin abrir los ojos. La fatalidad que caracterizaba mi vida últimamente hizo que la lámpara cayera al suelo y la tulipa estallara en mil pedazos.

En ese momento comprendí que estaba en el salón, tendido boca abajo. Tenía un intenso dolor en el pecho, el brazo izquierdo entumecido y la mejilla apelmazada. Al levantar apenas los párpados, lo primero que divisé fue la forma de la botella de vodka en la mesilla baja, a un metro de donde me encontraba. Desde aquella posición la perspectiva la había transformado en una obra colosal, un obelisco a la altura de mi fracaso. Hice una mueca de desagrado y de nuevo me sumí en la oscuridad que empezaba a

resultarme tan familiar. La vocecita acusadora empezó a hablarme casi de inmediato. He asumido mi problema con el alcohol y aprendido a escucharla durante esos primeros instantes de pesadez y culpa. Lo hago en silencio, como un niño que recibe una merecida reprimenda, recordando cuán lejos han quedado los tiempos en los que creía tener el control sobre mi vida, y que no importa cuántas veces se lo haya prometido a mi exesposa, o a mi hija (aunque ella no lo sepa), o incluso a mi abogada, volveré a caer en la misma trampa una y otra vez como un idiota. Tengo veintisiete años. Donald, mi mentor en Alcohólicos Anónimos, dice que me he dado cuenta a tiempo, que él a mi edad era un necio con una década por delante de excesos y estupidez. No resulta un pensamiento demasiado reconfortante.

Cuando empecé a levantarme, un dardo con punta de acero se me clavó en la frente. Los brazos me temblaron y estuve a punto de dejarme caer, pero finalmente conseguí erguirme en lo que fue la lagartija más penosa de mi vida. He aprendido a ignorar una resaca leve, incluso a convivir con una moderada; sin embargo, no hay nada que hacer ante una de proporciones épicas. Me costaba determinar a cuál de ellas me enfrentaba esta vez.

Abrí los ojos.

La ventana era un rectángulo negro; de algún modo me había teletransportado al futuro y ya había anochecido. ¿Era posible que no recordara absolutamente nada de las últimas horas? No sería la primera vez, pero el hecho no dejaba de maravillarme. Normalmente aquí la vocecita iniciaba la segunda

parte de su discurso habitual, ya no basado en el reproche aleccionador sino en la culpa y la resignación; desaparecía la vehemencia y la furia y sólo quedaba la triste aceptación de una causa perdida. Pero esta vez no hubo tiempo para lamentos, porque mientras me concentraba en la botella, una forma resplandeciente en el suelo atrajo mi atención, y lo que durante apenas un instante fue un destello en forma de L no tardó en revelarse como la pistola Ruger P85 que había pertenecido a mi padre.

Fue entonces cuando con el rabillo del ojo divisé el cuerpo. Todo esto debió de suceder en menos de medio minuto, pero en mi mente los acontecimientos se desarrollaron con una lentitud pasmosa. Giré la cabeza, consciente de que algo no estaba bien, y allí estaba la muchacha, boca abajo, cubierta con una sábana blanca. Tenía la cabeza ligeramente ladeada hacia la derecha, hacia donde yo estaba, los ojos abiertos puestos en el infinito.

Me considero una persona fuerte. A los once años encontré a mi madre muerta tras una larga agonía a causa de una enfermedad terminal. Mi padre fue detenido, acusado de haberla asfixiado con una almohada, y al poco tiempo se disparó en la cabeza con una escopeta que le pulverizó el cráneo. A él no tuve que verlo, pero estaba solo en casa cuando la policía se presentó a darme la noticia. El cadáver de la chica, a quien más tarde me referiría como la chica de la gargantilla —aunque en ese momento no llevaba ninguna—, me afectó de un modo diferente, porque había en su mera existencia algo espeluznante que me incriminaba inequívocamente.

Fui hacia el cuerpo olvidándome por un momento de las palpitaciones en la cabeza. Mi vista viajaba de la muchacha al arma. Del arma a la muchacha. El miedo llegó, y con él la pregunta obvia.

¡¿Qué has hecho?!

Nunca había visto a esa chica en mi vida, de eso estaba seguro; sin embargo, había algo en ella que me resultaba extrañamente familiar.

2

Sin pensármelo dos veces, la puse boca arriba y comprobé que no tenía pulso. La piel aún estaba tibia, pero de algún modo sabía que no podría hacer nada por ella. Oprimí su pecho una y otra vez, soplé aire entre sus labios, volví a oprimir el pecho y seguí hasta que la consciencia me dijo que había cumplido con mi deber. Me quedé arrodillado a su lado, mis manos y mi cara embadurnadas de sangre, y la observé con un poco más de detenimiento. El suyo era un rostro hermoso, ese tipo de belleza que no admite discusión; no aparentaba más de veinte años. Llevaba una remera blanca, unos shorts azules con corazones blancos y zapatillas DC. El disparo le había dado en la espalda, a la altura del corazón.

Observé la sábana que había dejado a un costado, ahora hecha una bola irregular. Un río de sangre estaba a punto de alcanzarla de modo que la aparté con el pie.

Entonces perdí la calma. Hasta ese momento mis actos habían estado marcados por el sentido común; había hecho todo lo posible para salvarla. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Mis manos tem-

blaban. Escruté el salón con la sensación de estar siendo observado; me concentré en la botella vacía, después en mis manos y por último en el arma. Caminé de un lado para el otro mascullando palabras ininteligibles. Tenía que llamar a la policía.

—Llama ahora mismo, Johnny —me dije mientras cruzaba el salón a toda velocidad.

Pasé junto al cadáver y ni siquiera me atreví a volver a cubrirlo con la sábana. Fui hacia la cocina y me lavé las manos y el rostro frenéticamente.

—¡Mierda!

Seguí frotando la piel hasta que el agua de la pileta recuperó su cristalinidad. Me quité la camiseta manchada de sangre y la dejé en el canasto de la ropa sucia. En el lavarropas había ropa limpia así que rebusqué hasta encontrar una remera y me la puse.

La policía te preguntará por qué te has cambiado de ropa.

—¡Porque no puedo soportar la puta sangre!
—estallé ante nadie.

La chica acaparaba toda mi atención en ese momento, pero había una parte de mí que seguía pendiente de la botella. Era la botella la que lo complicaba todo.

La agarré y la sostuve en alto, conteniendo el deseo de gritar y de lanzarla con fuerza contra el suelo. ¿Qué iba a hacer con ella?

Estás en medio del bosque. Algo se te ocurrirá.

Mi cabeza había entrado en un ciclo del que no podía escapar. Salí por la puerta de adelante y rodeé la casa para internarme en los bosques que se extienden más allá de mi propiedad hacia el norte de New

Hampshire. Corrí a toda velocidad, agitando la botella vacía como un maníaco. Dos veces estuve a punto de caer de bruces y a la tercera no tuve tanta suerte: aterricé en la raíz de un abeto y mi labio inferior se llevó la peor parte.

Genial, ahora tendrás que explicarle a la policía cómo te has partido el labio.

Me encontraba a unos cincuenta metros de casa, en un camino peatonal que había transitado un millón de veces durante mi infancia, y otras tantas en la adultez. Fue entonces cuando escuché el estampido. Me quedé helado, muy quieto, tendido en la tierra y paladeando el sabor metálico de la sangre. ¿Había sido un disparo? Creía que no, pero todo había sucedido muy rápido. En aquella dirección se encontraba un sitio que con mi hermano habíamos bautizado hacía mucho tiempo como el promontorio del reptil. Era curioso, porque hasta ese momento no me había planteado seriamente la posibilidad de que yo pudiera haber matado a la chica, y sin embargo tampoco pensaba que el asesino pudiera seguir en las inmediaciones. Menuda paradoja.

Tenía que deshacerme de la botella y reevaluar la situación.

Recorrí a trote ligero el resto del trayecto hasta Union Lake, unos quinientos metros en total. Me detuve en el acantilado, la masa de agua era un gran ojo negro que reflejaba la luna en el centro. En la orilla opuesta, en la cima de una colina y asomando entre los árboles, estaba la planta de agua abandonada.

Lancé la botella con todas mis fuerzas, como si eso ayudara a librarme del verdadero problema. El

lago se la tragó con un ¡plop! y todo volvió a ser como antes. Esa noche los búhos estaban particularmente animados.

Me quedé allí, francamente sin saber qué hacer, el labio empezaba a hincharse y sabía que tenía que volver; había una muchacha muerta en mi casa que se merecía más que a un tipo mediocre preocupado porque su renovada afición por la bebida saliera a la luz.

Me estaba dando la vuelta cuando capté algo sobre la orilla del lago. Entre las plantas, un globo blanco se escondió: un rostro. Las ramas se sacudieron y alcancé a divisar una figura que se fundía con la noche.

Decidí regresar por el camino más directo, apartándome del sendero. Eso me permitiría además echar un vistazo en el promontorio del reptil. Si algo empezaba a tener claro era que debía llegar a casa y llamar a la policía de una vez por todas.